



LA REVOLUCION,

DIARIO REPUBLICANO.

Numero 29.

Viernes 4 de Diciembre de 1868.

3.^a época.

Retiramos todos los materiales que teníamos preparados, sustituyéndolos con el suplemento de nuestro colega *La Igualdad*, en la seguridad de que nos lo han de agradecer nuestros suscritores, los discursos de nuestros amigos Orense, García López, Sorní, Castelar y Pierrad, deben ser por todos leídos y por todos meditados.

MANIFESTACION REPUBLICANA.

Lo que ha pasado ayer en Madrid no es posible describirlo. La manifestación republicana ha sobrepasado las previsiones, hasta las esperanzas de los hombres de mas fé en los sentimientos del pueblo madrileño. Con el orden mas admirable, con el mas ferviente entusiasmo, y un número incalculable de ciudadanos han proclamado en la capital de España, a la faz del mundo, que no quieren monarcas, que no quieren un señor, que la República es su aspiración, su mas ardiente deseo. De hoy más es imposible, absolutamente imposible, que Madrid pueda albergar en su seno ninguno de esos parásitos coronados que se llaman reyes.

Desde antes de las once empezaron a reunirse los republicanos en los sitios previamente acordados por los respectivos comités de distrito, dirigiéndose luego con músicas y banderas hacia el monumento del Dos de Mayo, punto de reunión general. Magnífico espectáculo se ofreció allí, admirable para el mas indiferente y frío, arrebatador, sublime para el que animado del sentimiento que movía aquellas masas, sentía palpar su corazón hinchado por la completa satisfacción del mas ferviente deseo. De todos lados veíanse llegar numerosas comitivas perfectamente ordenadas; cien banderas de distintos colores y destacándose de otros tantos grupos matizaban el espacio; las músicas llenaban los aires con los ecos siempre gratos del himno de Riego, de la Marsellesa y el himno de Garibaldi; la alegría se veía pintada en todos los semblantes, y el grito de la fraternidad parecía estender sus blancas alas sobre aquella inmensa muchedumbre en una sola familia de hermanos. Múltos saludos, parabienes afectuosos que todos se daban entre sí, porque todos comprendían el regocijo del compañero, juzgando cada cual por el que sentía, palabras de cariño, demostraciones de afecto, sin ademán inconveniente, sin una palabra acre,

tal era el cuadro que presentaba aquel inmenso congreso, en el que se veían revueltos y confundidos el obrero con el literato, el estudiante con el rústico labriego, el pobre con el rico, el comerciante con el soldado, porque allí no había clases, había solo ciudadanos libres, iguales en dignidad como son iguales en derecho.

Un numerosísimo grupo de estudiantes, con ese entusiasmo propio de la juventud, amenizaban la manifestación cantando con frecuencia el siguiente himno:

No mas reyes, no mas tiranías,
Basta ya de irritante opresión:
Luzca al fin para tí, noble España,
De la libre República el Sol.

Vacilantes los tronos de Europa,
Ya á los reyes les vemos temblar.
Y á los pueblos rompe sus cadenas
A la enseña de la libertad:
Terminemos la obra empezada,
Españoles, los sáculos rasgad,
Que en la fiera altivez castellana
Ya no cabe mas reyes nombrar.

Por fortuna rompimos ya el yugo
Con que el trono nos quiso infamar;
Hera es ya que de esclavos salgamos;
Hora es ya de gritar libertad.
No admitamos de nuevo cadenas
Que consigo los reyes traerán;
No merece ser libre el que pide
Que le pongan al cuello un dogal.

Paso franco á la libre Asamblea;
La rodilla, tiranos, doblad,
Que ha llegado la aura del día
En que triunfe la santa Igualdad.
Orgullosos monarcas del Orbe,
Vuestros tronos por siempre dejad,
O esos tronos manchados de sangre
Ante un grito del pueblo caerán.

A la lucha acudid, ciudadanos,
Y coronas y cetros pisad,
Para siempre en el misero cieno
Los emblemas del trono arrojad.
¡Paso franco á la libre República!
Majestades y altezas, ¡atrás!
Que tan solo en sus santos derechos,
Puede el pueblo encontrar majestad.

A las doce y media el Sr. Orense saludó á la multitud y la dirigió la palabra en los siguientes términos:

Ciudadanos: Esta manifestación es muy patriótica, difícil sería hacer otra mejor; estoy viendo miles de republicanos poseídos del mayor entusiasmo hasta el punto que no se puede pedir mas. Por mi parte puedo deciros que me moriría hoy contento y satisfecho (*aplausos*) después de ver esta manifestación. Yo que toda mi vida he defendido la idea de la República con todas mis fuerzas, no pude jamás imaginarme cosa igual, porque repito que estoy tan satisfecho que me moriría muy contento y muy gustoso (*grandes aplausos*) después de ver tantos ciudadanos agrupados al rededor de la bandera republicana, porque moriría con la convicción de que la República será pronto un hecho en mi país. (*Aplausos*). Lo que es preciso que ya que tenemos tanto patriotismo tengamos también abnegación para no asediar al poder con los destinos, porque el gobierno que tiene que ocuparse en dar 70.000 empleos no puede gobernar. Es preciso no hacer esto, la revolución exige á todos la abnegación, y se debe renunciar algo de sus propios intereses en provecho del interés común; así iremos siendo buenos republicanos. (*Muy bien, muy bien.*)

Ahora señores, iremos á los sitios que tenemos anunciados, y es preciso que vayamos con mucho orden, sin gritos ni vivas, que no se deben dar fuera de este sitio mas que los que aquí se den. En la plaza del que fué palacio (*aplausos*) hablará el Sr. García López, y después á la vuelta os dirigirá aquí la voz la perla de la democracia, el famoso Emilio Castelar. Pues bien: permitidme que os dé aquí el viva que tanto he anhelado en mi vida: ¡Viva la República federal! (*Grandes victores responden á esta aclamación. Muchísimos concurrentes gritan viva Orense, repitiéndolo la multitud.*)

Señores: Tengo que dar á Vds. una noticia importante. El general Grant, presidente de la República de los Estados-Unidos, ha dado orden á su secretario, para que abra su correspondencia y le dé la que sea particular de su familia guardando la de oficio, y que eche al fuego la de los pretendientes, porque ha dicho: «los pretendientes no han de venir á buscar los destinos, yo conozco la mayor parte de los ciudadanos y los daré á los que los puedan desempeñar mejor.» Eso es; los destinos no deben

solicitar, lo que es preciso buscar al que lo merezca; por supuesto, después de suprimir muchos y de hacer economías, así se concluye con la empleomanía, que es un mal que en la República no ha de haber.

Después de dar á Vds. esta noticia vamos á ir adonde se ha dicho en el programa; con mucho orden repito, para que no desmerezca la manifestación; y si hay alguno que venga á interrumpir, echarlo fuera y se le dice: Vd. no es republicano. (*Bien, bravo*)

Acto continuo el comité se puso en marcha y tras él fueron siguiendo los diferentes grupos, llevando al frente sus respectivas banderas. La comitiva subió por la Carrera de San Jerónimo, Puerta del Sol, calle Mayor, á desembocar en la plaza de Armas, del que fué palacio real. Su número era tal, que á pesar de lo apiñadas que iban las filas, de presentar un frente de diez individuos entrelazados los brazos, entraba el comité en la citada plaza y todavía salían grupos del Prado. La parte de la población que no tomaba una parte activa en la manifestación acudía presurosa de todas partes á ver pasar á los republicanos.

Antes de continuar esta relación, debemos mencionar aquí un incidente notable.

Al pasar por delante del ministerio de la Gobernación, tuvimos el gusto de ver en la puerta del edificio al señor general Milans del Bosch, gobernador militar de Madrid, vestido de uniforme y acompañado de sus ayudantes. Este señor se descubrió y saludó á la bandera republicana del comité central, lanzando en seguida con voz potente y poseído del mayor entusiasmo un «Viva la Soberanía Nacional» y un «Viva el Pueblo Rey», que fué contestado por el pueblo con un «Viva Milans del Bosch». Damos las gracias al bizarro general, á quien conocemos y no esperábamos menos de él. Sabemos sus buenos y patrióticos sentimientos y su nunca desmentido amor por la causa republicana; y no dudamos que el Pueblo Rey sabrá apreciar su delicado saludo, que repitió ante cada una de las banderas republicanas. ¡Bien por el general Milans del Bosch!

Al pasar por la calle Mayor un ciudadano, de cuyo nombre sentimos mucho no recordarnos, regaló una corona al veterano de la democracia como premio á su acrisolada consecuencia. El ciudadano Orense hizo que fuese colocada en la bandera del comité.

Pero continuemos.

En la plaza de Armas, atendido el mucho tiempo que hacía estaba ya el comité en ella teniendo en cuenta que podía hacerse de noche antes de terminar la manifestación á no apresurarse un poco, el Sr. García López dirigió la palabra á los que allí había, y sin esperar á que acabaran de entrar todos, aparte de que difícilmente hubieran cabido en la plaza á pesar de su desmesurada extensión. Hé aquí en qué términos se expresó el Sr. García López:

Ciudadanos: Las banderas de la República ondean por Madrid.

Bendito sea, ciudadanos, bendito sea este día, como el comienzo de nuestra redención. (*Bien, bien*.)

Estais ejecutando el suceso mas portentoso que

registrará la historia; congregándoos millares de patriotas inspirados por un solo pensamiento, cual es el de contribuir á la felicidad del país, proclamando como la forma mejor de su gobierno, porque así os lo dicta vuestra conciencia recta y honrada, la de la República federal. (*Aplausos*.)

Bien por vuestra decisión, bien por vuestra actitud. La dignidad y la compostura con que obráis demuestran que sois ciudadanos dignísimos, y que en justicia merecis lo que tan cultamente pedis.

La nación donde suceden cosas tan grandes, no puede temer el furor de la monarquía: así como un monarca con sus atributos esenciales nunca podrá fraternizar ni avenirse en ella con pueblo tan liberal. (*Nutridos aplausos*.)

Venid, amigos; colocad vuestros estandartes frente á los muros de este palacio, para que este sol brillante con que la Providencia solemniza este día fotografie en sus paredes las inscripciones que publican, por si algun desventurado extranjero viene á habitarlo, sepa que es lo único que amamos con ardimiento en esta tierra; y si fuere compatriota, aprenda, para que lo respete, que es lo que hoy ha invocado la voluntad de los mas. (*Bravo, bravo*.)

Y, antes que dejéis, ciudadanos, esta plaza de la monarquía, protestar de sus horrores con un viva á la República (*vivas*), para que los aires del Guadarrama, á cuyo pie estamos, difundan este eco sonoro y venerando hasta los mas remotos lugares, y traspasando las fronteras, hagan saber al mundo vuestra virtud y vuestro patriotismo; y así conseguiremos que, á nuestros vitores republicanos, contesten las naciones admiradas: ¡Viva la España libre y feliz! (*Grandes aplausos*.)

Ciudadanos: El comité que ahora dispuso que os hablara yo, desea que despida á la concurrencia ante el monumento del Dos de Mayo el elocuente ciudadano Emilio Castelar. Vamos pues allá, buenos patriotas, para que os desquiteis de lo que yo no sé decir. Marchemos; y al inaugurar de nuevo nuestra ordenada y asombrosa manifestación, hagámosto, ciudadanos; al grito conmovedor que os electriza: ¡Viva la República fereal! (*Enthusiastas vivas y aclamaciones*.)

Terminado el discurso del Sr. García López, el Sr. Castelar pronunció algunas palabras á instancias de la muchedumbre y acto continuo se emprendió la marcha para regresar al monumento del Dos de Mayo, siguiendo por la Plaza de Oriente, la del Teatro, calle del Arenal, Puerta del Sol, Alcalá y Prado.

Al pasar por la Puerta del Sol, vióse ondear en uno de los balcones de la fonda que da esquina á la calle de Preciados, el estandarte de los Estados Unidos. El pueblo la acogió con entusiasmo y acto continuo apareció el embajador de aquella gran nación con otra bandera en la mano para contestar á los saludos y vitores de que era objeto y saludar á la vez nuestras banderas. ¡Viva, viva la gran República federal americana! ¡Viva el pueblo modelo y feliz asombro del mundo y terror de los despotas!

Después de mencionar este incidente, otro debemos mencionar también, y por cierto harto desagradable y que, pudo producir graves disgustos (de los que alguien tal vez se hubiese alegrado), pero afortunadamente la sensatez, cordura y bue-

na educación política del noble pueblo de Madrid supo remediar el inconveniente paso del capitán general Sr. Izquierdo, que suponemos daría solo obligado por órdenes superiores. Hé aquí el hecho.

Entre las numerosísimas filas republicanas y del brazo con sus hermanos del pueblo marchaban algunos cientos de oficiales del ejército, la mayor parte vestidos de paisanos y otros varios de uniforme. Al llegar delante del que fué palacio de Godoy, ó sea del ministerio de la Guerra, tuvimos el disgusto de ver que un comandante del regimiento de la Constitución intimaba de orden del capitán general á todos los oficiales para que se retirasen de la manifestación, y aun creemos que se amenazó con el arresto en el Principal si no lo hacían. Iguoramos si los oficiales lo cumplimentaron, aunque creemos que nó. Esta orden sería tal vez muy militar, pero de seguro era muy *inconveniente*, por que no dejaba de ser una interrupción en el mas solemne acto que jamás presencié nuestra patria, y en el momento en que el Pueblo Rey usaba de su indisputable soberanía, y ante la cual todas las autoridades deben inclinarse la cabeza, y ninguna llevar su audacia hasta tal extremo. Figúrese por un momento el Sr. Ministro de la Guerra que la indignación que este inconcebible acto produjo en el ánimo de los paisanos, que no tienen por qué prestar obediencia á las autoridades militares, hubiese sido superior al deseo que á todos animaba de dar un alto ejemplo de moderación y cordura, y díganos su excelencia lo que hubiese sucedido y quién hubiera sido el verdadero responsable de ello. Afortunadamente los delitos de *lesa majestad* se castigaban con fusilamiento pero los de *lesa nación* los castigaba el pueblo con el.... silencio.

En las altas regiones del poder está quien enseñó con su ejemplo á *victorear la Soberanía nacional y la Libertad*; y no debe extrañar que los chicos aprendan las lecciones del Maestro, á menos que el Maestro quiera tener él solo la libertad de gritar ¡Viva la Libertad! cuando le convenga, que ahora no le conviene, y dicho sea sin intención: además, ya hicimos constar cuando la célebre manifestación monárquica, que si en aquella tuvieron derecho de asistir generales y oficiales, también nos asistiría el derecho á nosotros, y así ha sucedido, puesto que han asistido generales, jefes, oficiales y un corto número de soldados. No somos militares, pero somos *La Igualdad*, y nos han dicho al oído y en secreto que el jefe superior del ejército se permitió mostrarse monárquico en cierta carta al *Gaulois* y en cierto discurso pronunciado en la presidencia del gobierno provisional, y cuidado que su opinión y voz debían ser mas influyentes que la presencia de los dichos oficiales en nuestra grandiosa manifestación. *Igualdad, señor D. Juan Prim*. Este es nuestro lema.

Continuemos.

De regresó al Prado, en las gradas del monumento del Dos de Mayo, y sobre una mesa, pronunció el Sr. Sorní las siguientes palabras:

Ciudadanos: No voy á defraudar vuestras esperanzas y deseos de oír al mas brillante de nuestros oradores, el mas querido de todos los republicanos, al elocuente Castelar. Solamente os dirigiré muy pocas palabras.

Hace dos meses que en el palacio que acaba-

mos de visitar se albergaba la tiranía y la impudencia. (*Aplausos*). Hoy hace precisamente dos meses que las arrojamos de allí para que no vuelvan jamás. (*Grandes aplausos*).

Acabamos de hacer una manifestación tan numerosa, tan ordenada y tan pacífica, que llenará de admiración al mundo entero.

Si acudís á las urnas con la misma decisión, con el mismo orden y con igual energía, el triunfo de la República es seguro é indudable: y aquel palacio que hasta ahora se ha llamado *Palacio real*, se llamará en adelante *Palacio de la República*. (*Aplausos*). La bandera republicana, que hasta ahora solo ha sido sostenida por nuestros brazos, ondeará en adelante enarbolada en aquellos muros; y sin que nadie nos lo estorbe ni lo impida, podremos siempre decir: ¡Viva la República! (*Aplausos repetidos*).

Apareció en seguida el Sr. Castelar. El pueblo lo saludó con estrépitosos y prolongados aplausos, y restablecido el silencio, dijo:

Ciudadanos: Os hemos convocado y os despedimos en el Monumento del Dos de Mayo, como si dijéramos, á la sombra del árbol secular, de nuestra nacionalidad. En este recinto de los héroes y de los mártires; en este recinto que evoca la imagen de las traiciones de los reyes y de la abnegación de los pueblos: en este recinto donde se halla con sangre trazado el recuerdo del esfuerzo titánico, merced al cual se desvaneció en la Europa de aquellos días el cesarismo, y se salvó la independencia de las naciones; en este recinto, que es un templo, consagremos de nuevo el grande sentimiento, que á todos nos confunde sobre este suelo sagrado: el horror á la dominación extranjera, á las dinastías extranjeras, y el amor sublime á la libertad y á la patria. (*Vivas aclamaciones*).

No en vano habeis venido aquí precedidos por las banderas republicanas. Habeis venido para decir que lejos de intentar disolver la nacionalidad española azada á costa de tantos sacrificios, amasada con tanta sangre, queréis estrechar por la libertad la unión entre sus diversas regiones; queréis agrandarla federalizando á con Portugal; queréis transformar las colonias, que aun tenemos esparcidas por los mares en pueblos autónomos, y á nosotros reunidos por el derecho; queréis colocarnos al frente de una grande confederación moral de las naciones que tienen vuestra propia sangre para que el sol jamás se ponga en los dominios de la libertad. (*Grandes aclamaciones; ruidosos aplausos*).

Ciudadanos españoles: la República federal viene á reanudar nuestra historia patria cortada, interrumpida por dinastías extranjeras; la República federal viene á consagrar la unidad de España. Cuando sosteníamos durante la Edad Media una guerra épica, existían en la forma de privilegio, propia de aquellos remotos tiempos, incapaces de comprender el gran principio de igualdad, existían cortes, existían jurados, existían magistraturas populares, existían, sobre todo, esos históricos municipios, como escollos eminentes, á cuyos pies se estrellaba el oleaje de las irrupciones extranjeras, y en cuya cima ardía eternamente como faro inextinguible la luz de la libertad española. (*Ruidosos aplausos*).

Pero ¿no la monarquía absoluta con las dinas-

lias extranjeras; vino la monarquía absoluta y sin fundar la unidad de España, que todavía está incabada, incompleta, mató la rica variedad de nuestra vida. Mirad esa larga cordillera de cadalsos que se extiende desde Villalar hasta Zaragoza; desde Zaragoza hasta Valencia; desde Valencia hasta Mallorca; mirad esas magistraturas muertas, el diputado de Castilla, el Justicia de Aragón, el Conceller de Cataluña; mirad las cenizas de Medina de Campo, quemada por el fundador de la dinastía teocrática de las Asturias, y las cenizas de Jativa quemada por el fundador de la dinastía episcopal de los Borbones; comparad lo que erais después de seis siglos de libertad con lo que sois después de tres siglos de absolutismo; y levantando los brazos á este cielo que nos sonríe, y que parece asociarse con sus resplandores á la victoria moral de este gran día, jurad por los manes de nuestros padres; jurad por la sombra de nuestros mártires que no consentireis jamás la restauración de la Monarquía. (*Universales muestras de asentimiento*).

Se nos dice por los partidos reaccionarios que el pueblo ha destruido, no la monarquía sino el favoritismo en la monarquía. Españoles: se quiere echar sobre una sola persona los crímenes, que son compañeros inseparables de la institución. La República es una forma de gobierno saludable, porque impide á un solo hombre, á una sola familia, convertir en ley sus caprichos y arrastrar una sociedad entera en el torbellino de sus pasiones, dejando al individuo, al municipio, á la provincia que se gobiernen dentro de sus propios derechos, y reduciendo el poder central en sus facultades hasta el punto de derivarlo del pueblo, tenerlo sujeto al pueblo y renovarlo en breve plazo, para la voluntad del pueblo. Pero tomad un hombre cualquiera, el mas virtuoso, el mas austero; decidle que es superior á los demás hombres; que sus manos son los manantiales de la riqueza y del poder; que su frente se pierde en el brillo divino de una corona; que sus hijos se hallan destinados á regir de generación en generación á las naciones, eternamente menores é inferiores eternamente á su familia privilegiada; y vereis como aquel hombre, tentado al placer por el oro y el orgullo, menospreciador de la humanidad por la vileza que sube hacia el trono desde el fondo de todo vasallaje, corrompido por la adulación de sus cortesanos, y concluirá creyéndolo todo posible á su voluntad, y arrellanándose en el lecho de sus orgías sobre las espaldas del pueblo. (*Ruidosos aplausos*).

Españoles: ved confirmada esta verdad con la historia de la última dinastía.

Los reyes han siempre antepuesto su interés al interés del pueblo.

Nos sacrificamos en la guerra de sucesión por Felipe V, y luego Felipe V nos comprometió en el laberinto sin salida de las guerras italianas por levantar en Italia tronos á los hijos de su segunda mujer, dejando allí un reguero de sangre de nuestras venas. Creímos en la bondad de Carlos IV, y le amamos como un padre, y Carlos IV hundió nuestras naves en Trafalgar y entregó la patria al extranjero, tan solo para buscar en los furgones del ejército de Napoleón una corona que ceder al infame amante de su impura esposa, la proterva Maria Luisa. Forzamos á Carlos IV á que abdicara, y volvimos los ojos á Fernando VII. Jamás ningún rey había obtenido tantos ho-

locustos de un pueblo. España fué una llaga desde los Pirineos á Cádiz. Las piedras de nuestro suelo conservan todavía las gotas de aquel diluvio de sangre. Y Fernando VII contestaba con adulaciones serviles, constituyéndose en cortesano de Napoleón, al suicidio sublime de Zaragoza y de Gerona, donde el pueblo, entregado á sus fuerzas, redimía la patria con su martirio. Iguales sentimientos os inspiraba Isabel II. Su cuna descansó sobre una pirámide de huesos españoles. Y el día en que se levantó de esa cuna para subir al trono, solo supo enviar á los héroes de la guerra civil á sus verdugos. El cadalso es la sombra del trono y el verdugo es el compañero del rey. El favoritismo será siempre el cáncer de la monarquía. Si levantais una nueva dinastía real, levantareis á su lado las dinastías de la princesa de Eboli y de la princesa de los Ursinos, levantareis á su lado la dinastía de Farinelli, la dinastía de Godoy, la dinastía de Marfori. (*Ruidosos y prolongados aplausos*).

No, vosotros no podeis consentir, vosotros no consentireis en tal retroceso, en tal degradación (muchas voces: *no, no*). No necesitais para impedirlo recurrir á las batallas, sino á los comicios; no necesitais disparar balas al pecho de vuestros enemigos, sino depositar votos en el fondo de las urnas, de donde saldrá decidida vuestra suerte y la suerte de vuestros hijos. (*Bien, bien*). Cada día que pasa sin trastornos, cada reunión que se celebra con este orden, con esta república austera, nos acerca mas á la República, que yo creo hoy, después de haber contemplado tantos millares de ciudadanos libres, ostentando no sus fuerzas, sino sus ideas, veo moralmente ganada para la patria. (Muchas voces: *si, si, ¡Viva la República!*).

Ciudadanos: Decidle al gobierno provisional que ya vé cómo el país acata, cómo el país obedece á ministerios, á poderes, que le invocan á él y no invocan á una corona, que buscan su sanción y no buscan la sanción de un rey. Decidle á los tímidos, á los que se asustan de la sublime resonancia producida por el oleaje de la libertad, que ya ven cómo se reúnen aquí millares y millares de ciudadanos con un orden que nos envidiaría Londres, la metrópoli de la libertad de reunión, y que nos envidiaría Ginebra, la patria del pensamiento libre. Decidle á las clases conservadoras, á los partidos todos, que el gobierno republicano, este gran gobierno, ni es ni puede ser el gobierno de un partido, de una fracción, sino el gobierno del país por el país, la sucesión de todos, según las corrientes de las ideas y de la opinión en el poder, el reconocimiento de los derechos, el respeto á cuanto hay de fundamental en las sociedades, las revoluciones violentas concluidas y reemplazadas por las reformas pacíficas; la verdadera honra, la verdadera dignidad de la patria. (*Varias aclamaciones*).

La República significa los derechos individuales garantidos, la libertad fundada en la igualdad, España reconciliándose con todos los pueblos, el jurado establecido como garantía de todos los derechos; el ejército, ese ejército que de tantos servicios ha prestado á la libertad convirtiéndose de ejército de quintos en ejército de ciudadanos, la

provincia reinstalada en su autonomía lo mismo que los municipios, las contribuciones indirectas abolidas, el presupuesto rebajado á mas de la mitad, separada la Iglesia del Estado, en fin esta patria que tanto amamos, y á la cual debemos el precioso don de nuestro caracter; esta patria, que ha bajado del trono de la tierra por culpa de sus reyes, ascendida por la grandeza de sus pueblos á un trono mas alto, mas luminoso, al trono inmortal de la conciencia humana, dirigiendo con su ejemplo los pueblos á la libertad, y fundando con sus doctrinas prácticas la democracia universal. (*Frenéticos aplausos.*)

No tengo ilusiones, no veo espejismos. Pero presento que dias como este, dias de tanto orden material, de tanta madurez política, son dias en que ganamos definitivamente para España la República, porque hoy la fuerza moral es la fuerza predominante, y la República tiene á su favor las fuerzas morales del país que rechazan una dinastía extranjera. (*Asentimiento general.*) Fundando aquí la República salvais á todos los pueblos de Europa. El mundo no puede llevar en su conciencia una teocracia muerta: no puede llevar sobre sus espaldas un régimen pretoriano que arranca millones de brazos á la industria, á la elaboracion de la vida, para consagrarlos á la guerra, á la elaboracion de la muerte. El primer pueblo que sacuda todos esos errores será el pueblo redentor, porque habra desvanecido las amenazas de una batalla entre las naciones, iluminando la tempestuosa noche presente con el rayo vivificador de la libertad. Vosotros, que sois el pueblo mas sóbrio, el pueblo mas amante de las ideas que hay acaso en la tierra, vosotros debeis aspirar á ser los fundadores de una nueva era histórica, y os bendecirá Francia por haber definitivamente establecido en el mundo su revolucion; y os bendecirá Alemania por haber sacado las consecuencias prácticas de los principios filosóficos que ella ha promulgado en la razon humana, y os bendecirán América y Suiza por haber aumentado el número de los pueblos libres; y os bendecirá Italia que no puede soportar el peso de una corona real sobre sus municipios republicanos; y os bendecirán desde su tumba los pueblos muertos, Roma, Polonia, porque anunciáis su resurreccion; y habreis escrito la letra inicial del nuevo Evangelio político, y habreis fundado los Estados-Unidos de Europa, y habreis merecido el título sublime de pueblo redentor, de pueblo modelo; y entonces vendreis aquí y grabareis sobre esa columna inmortal estas palabras: dormid en paz, mártires ilustres, somos dignos de llamarnos vuestros hijos porque hemos hecho triunfar en el mundo las dos ideas por las cuales os sacrificasteis vosotros, la honra de la patria y el reinado de la libertad. (*Repetidos aplausos, prolongadas aclamaciones á la libertad, á España, á la República universal.*)

Iba á hablar el Sr. Orense para dar por terminado el acto, cuando numerosas voces pidieron que hablase el general Pierrad: levantándose entonces, y cediendo á las repetidas instancias del pueblo, dijo:

«Ciudadanos: No soy orador, ni es posible serlo despues de las elocuentes frases de mi dignísimo amigo el Sr. Castelar, de nuestro gran tribuno.

Yo no puedo hablaros mas que con mis hechos y solo levanto mi voz para manifestar mi ardiente amor por la República. (*Aplausos.*) ¡Viva el general Pierrad! ¡Viva el general del pueblo!

Aprovecho estos momentos para felicitar á mi compañero de armas, Milans del Bosch, por su oportuno y sincero viva al pueblo rey. (*Aplausos.*)

Tambien debo dirigir mi voz á mis camaradas, á los soldados que me escuchan, para decirles que la República no quiere mas quintas, ni mas ejército activo. Cuando ella triunfe se realizará esto y podreis volver á vuestras casas libremente para ser el apoyo de vuestros padres, de vuestras madres, y dignos ciudadanos de un pueblo libre. (*Aplausos repetidos.*) ¡Viva la República federal! (*Vivas.*)»

En seguida tomó la palabra un entusiasta joven, que se dijo que era un estudiante, cuyo nombre ignoramos, y pronunció un largo discurso, cuyas notas no pudieron tomarse con exactitud, por la distancia á que se encontraba el orador.

Acto continuo, á una insinuacion del ciudadano Orense, la multitud se separó, regresando los comités á sus distritos con el mismo orden, que se observó inalterable durante la manifestacion, y llenos del mayor entusiasmo por la causa de la República federal.

¡Viva la República democrático-federal!

¿Qué hace nuestra Diputacion? Cuando se ocupa de las cosas mas importantes del país? No vé tantos miles de braceros sin trabajo? No siente cómo nosotros la miseria que aflige á nuestras clases trabajadoras?

Recursos y trabajo pide el país, recursos y trabajo le pedimos nosotros y seguiremos pidiéndole todos los dias.

Se nos asegura que el Alcalde de Fraga se conduce como un satélite de Gonzalez Brabo. Se nos dice que ha dispuesto que las tiendas se cierren á las ocho de la noche y los cafés á las diez.

Si en aquella ciudad hubiera ocurrido alguna cosa que obligue á tomar estas arbitrarias disposiciones lo comprenderíamos; pero como nos consta que allí no ha habido mas alborotos que los que provocaron el Alcalde y sus deudos, combatimos con todas nuestras fuerzas órdenes tan injustas sobre las cuales llamamos la atencion del Gobernador civil, para que enterándose de cuanto llevamos expuesto, ponga coto á abusos que por precision deben corregirse.

LA REVOLUCION no transigirá con ninguna clase de abusos y esta dispuesta á no perdonar medio con tal de conseguir que se haga con mucha luz. ¡Basta ya con una fiscalía!

ANUNCIOS.

LA REVOLUCION,

DIARIO REPUBLICANO.

Se publica todos los dias menos los lunes.

Quedan autorizados para recibir suscripciones todos cuantos interesándose por las ideas que el periódico sustenta, quieran dispensarnos este servicio.

Los suscritores tendrán derecho á la insercion de dos anuncios cada mes en la última página destinada á este objeto.

Se suscribe en esta Capital en la Imprenta de este periódico y en la Direccion, calle de Vega-Armijo.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En la Capital 5 r's.
Fuera. 6 id.

Los comunicados y anuncios á precios convencionales.

El que haya encontrado una yegua negra, con una estrella en la frente y de alzada 7 palmos y 2 dedos y el recro de mismo pelage.

La persona que la haya recogido se servirá entregarla á D. Emeterio Artieda, de Lupiñen, quien gratificara.

En calle de San Vicente número 48, hay dos burras con leche: á tres reales vaso, se servirá á domicilio.

HUESCA:

Imprenta de LA REVOLUCION.

Mercado 24.